



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

LA CAUTIVIDAD LÍCITA EN ARAGÓN Y CASTILLA EN LA BAJA EDAD MEDIA. UNA APROXIMACIÓN DESDE LA HISTORIA DEL DERECHO

Autor

LUIGI PUCCINI LECOMPTE

Director

MARIO LAFUENTE GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras
2015

Agradecimientos

A mis padres y hermanos por la ayuda y apoyo prestada a lo largo de todos estos años

A Mario Lafuente Gómez, director de este trabajo

A Guillermo Gutiérrez Texeira

A Guillermo Lalinde Bobed

Índice

Resumen.....	02
Introducción.....	03
Estado de la cuestión y selección de fuentes.....	05
1. El Derecho en las sociedades occidentales.....	07
1.1. Hacia una definición del campo.....	07
1.2. Estructura jurídica en el Occidente medieval.....	10
1.3. El derecho en la mentalidad medieval.....	11
2. El Derecho y la violencia institucionalizada.....	18
2.1. Guerra justa, cautividad lícita.....	18
2.2. Consideración jurídica de los cautivos de guerra.....	22
2.3. El Proceso de liberación.....	28
Conclusión.....	30
Bibliografía.....	33

La cautividad lícita en Aragón y Castilla en la Baja Edad Media. Una aproximación desde la Historia del Derecho

RESUMEN: El notable poder del que hace gala el concepto de Derecho en la sociedad occidental hunde sus raíces en el desarrollo de las disciplinas jurídicas de la Antigüedad, pero para poder alcanzar su posición de preeminencia actual fue igualmente importante el proceso de desarrollo que siguió a lo largo de la Edad Media. Durante el periodo medieval, Derecho, tradición y religión conformaban una única realidad que conformaba el marco ideológico imperante en el paradigma sociopolítico del momento. El estudio de este marco ideológico abstracto puede resultar de difícil comprensión, pero su dominio facilita el entendimiento de las realidades del periodo, que resultarían difícilmente comprensibles sin una aproximación adecuada al modo de pensar de los integrantes de la sociedad medieval. Una de estas realidades es la de los cautivos de guerra, cuyo tratamiento ha sufrido una evolución palpable desde la Antigüedad hasta nuestros días. A través del análisis de la ideología medieval, las siguientes páginas intentarán acercarnos a esta realidad para poder comprender en profundidad los pormenores de este fenómeno y los motivos tras el trato dispensado a los cautivos, así como ofrecer una breve comparación con la situación de los individuos que actualmente se encuentran en las mismas circunstancias.

Palabras clave: Derecho, Edad Media, Historia, Prisioneros

Introducción

Desde sus primeras manifestaciones en Mesopotamia, pasando por desarrollos posteriores en otras civilizaciones como la griega o la romana, el Derecho se ha presentado como un elemento normalizador de la convivencia social, delimitando a través de normas qué acción punitiva corresponde a quien rompa el marco de convivencia social. La concepción y el desarrollo del Derecho llevados a cabo por la cultura romana han ocupado en la cultura occidental un papel capital desde la desintegración del Imperio Romano de Occidente en el siglo V. El hecho de que ofrezca la posibilidad de solventar los conflictos sin incurrir en la imposición de la voluntad del contendiente más fuerte mediante el empleo de la violencia y dar con una solución aparentemente justa ha garantizado su reproducción social a través del turbulento devenir histórico occidental. De hecho, la caída del Imperio Romano de Occidente no implicó su desaparición, sino su asimilación e incorporación a las sociedades germánicas, las cuales, aunque poseían un sistema legal propio, se habían configurado en torno a una sociedad tribal y nómada fundamentándose en concepciones morales y mágicas, no en elementos coercitivos por parte de una autoridad superior, siendo inadecuado en muchos aspectos para las estructuras estatales estables que heredarían los conquistadores de la civilización romana. Por ello, el Derecho Romano sería desde su adopción un elemento de fundamental trascendencia en el desarrollo de la sociedad occidental: el surgimiento del Estado Moderno iría acompañado del Derecho, a su amparo prosperarían revoluciones y contrarrevoluciones, lo harían suyo los ideales de la burguesía liberal y apoyaría el poder de los fascismos europeos.

El Derecho de origen romano se adaptaría y reutilizaría por más de dos mil años de historia, desarrollándose hacia nuevas vertientes en paralelo a los cambios sociales más trascendentales de cada momento, pudiendo conservar gracias a dicha flexibilidad un buen grado de utilidad. Eventualmente, con la expansión del colonialismo europeo, acabaría por asentarse de un modo global, impuesto en mayor o menor medida a las tradiciones legales preexistentes.

El presente trabajo mostrará en parte el periodo que vio nacer al Derecho Occidental tras la caída de Roma, la Edad Media, y dentro de ésta concretamente la plenitud feudal¹, época en la cual la dimensión jurídica ocupaba un lugar central en la mentalidad de los hombres, hasta el punto de percibirse como un hecho natural y un don divino. Si bien el Derecho Occidental se fijaría por

1 Entiéndase este periodo como el abarcado entre los siglos X y XIII, en los cuales la sociedad occidental experimentó una expansión sin precedentes en todos sus ámbitos y que acabaría de un modo más o menos abrupto con la llegada de una serie de desastres, guerras y epidemias que terminarían por transformar a la sociedad durante la baja Edad Media, dando paso a la modernidad. García de Cortázar, José Ángel & José Ángel Sesma Muñoz, "La plena Edad Media (980-1280). El despegue de Europa", *Historia de la Edad Media. Una síntesis interpretativa*, Madrid: Alianza Editorial, 2002: 199-297.

escrito y se concretaría en gran medida para los siglos finales de la época medieval, su base fundamental corresponde a este periodo. Dentro de este amplio contexto he decidido centrar mi atención en dos aspectos concretos: por un lado, la concepción medieval del Derecho en sí y su funcionamiento a un nivel social general; por otro, la manifestación de dicha dimensión cultural en un tema concreto dentro de la regulación legal bélica: la situación jurídico-social de los cautivos de guerra en la Península Ibérica en los reinos de Castilla y Aragón durante los siglos XIII a XV. Aspiro a que por medio de un ejemplo concreto se alcance un entendimiento más claro de la visión del mundo que tenía el hombre medieval en lo que al Derecho atañe y del papel rector que este tenía en su sociedad.

Antes de proseguir me gustaría expresar mi punto de partida teórico en lo que a la Historia se refiere y en cuanto a este tema en concreto: toda elaboración histórica es, de hecho, un reflejo de preocupaciones sociales presentes en el momento de su realización. Los problemas que tenemos en nuestro tiempo hacen que nos preguntemos por su existencia en el pasado, y a través de este punto de partida construimos modelos que explican la evolución de los mismos en el pasado o el por qué de su inexistencia en contraposición con el presente, así como las soluciones que en aquéllos tiempos funcionaron o fracasaron. Si la Historia se hace por y para el tiempo presente habría que preguntarse por la utilidad y, sobre todo, el interés de un estudio con respecto a la ley en cuanto dimensión social, así como su aplicación al caso concreto de los prisioneros de guerra. Con respecto a lo primero, bastará decir que en una sociedad como la nuestra, tendente a la creación de normas legales para todo, no está de más ver cómo y cuán reguladas estaban las interacciones sociales en el pasado, así como la percepción de éstas por los sujetos afectados por las mismas, acaso el ejemplo nos sirva para una reflexión catártica. En cuanto al tema de los prisioneros de guerra creo que es de interés si se tiene en cuenta la visceral reacción que suscita en el ciudadano occidental medio en las ocasiones en las que éste tiene la oportunidad de contemplar esa durísima realidad y reflexionar al respecto. Es evidente el enorme rechazo social que causan estas situaciones cuando, por diversos motivos, se abren paso hasta los principales medios de comunicación. Duras realidades como las de Guantánamo o las de los prisioneros de guerra bajo el poder del DAESH son percibidas con consternación y repulsa de un modo inmediato, por lo que vale la pena reflexionar sobre las actuaciones de nuestros antecesores culturales en situaciones similares para acercarnos a la comprensión de que hasta qué punto distaban sus soluciones de las que a día de hoy nuestro moderno sistema legal propone ante las mismas.

Estado de la cuestión y selección de fuentes

En cuanto al tema que he tratado y presento como un único elemento coherente, se trata en realidad de una síntesis de tres campos de estudio de las ciencias sociales: la Historia Cultural, la Sociología y la Historia Política de los prisioneros de guerra y esclavos. La Historia Cultural tuvo su apogeo y amplio desarrollo bajo el amparo de la Nueva Historia creada por la tercera generación de la escuela de Annales francesa durante la década de los años setenta, escuela que se encargaría del desarrollo del aspecto cultural en la historia, desatendido hasta el momento, con gran éxito e influencia en el mundo occidental, hasta el punto de que en la actualidad este campo se encuentra integrado, en mayor o menor medida, dentro del esquema de enseñanza y de estudios realizados en Occidente².

La corriente sociológica que he seguido en este trabajo enraíza en las ideas de Pierre Bourdieu, cuyo planteamiento se basa en perseguir la trascendencia de las definiciones en el ámbito sociológico normalmente limitadas a posturas de antagonismo y exclusión, demostrando que, de hecho, las relaciones suelen ser más a menudo de complementariedad. Al margen de esto, el presente trabajo bebe en abundancia de la propia Sociología del Derecho, campo cuyo origen remoto se puede hallar en la producción romana pero cuya forma moderna va ligada ineludiblemente a los planteamientos tratados por Hans Kelsen en su extensa obra, se posiciona uno a favor o en contra de los mismos³.

La Historia del Derecho, por su relevancia, ha sido y es un tema objeto de gran interés para nuestra sociedad desde tiempos remotos. Ejemplo de ello es que la primera obra de carácter enciclopédico que incluye este tipo de conocimiento, el "*Digesto de Justiniano*", se remonta al siglo VI de nuestra era. El interés en este campo ha suscitado continuas e ingentes actualizaciones, optándose en el presente trabajo por una publicación de síntesis aparecida en la primera década de los dos mil de la mano de Paolo Prodi, profesor de amplio recorrido que actualmente enseña en la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán. La obra ha sido escogida tanto por su rigor como por su actualidad.

En cuanto al estudio de los cautivos como fenómeno tratado por la Historia Medieval, se trata de un tema al cual se le ha ido prestando mayor atención en los últimos años, lo cual me ha permitido emplear como base trabajos de publicación reciente en el ámbito hispano. En este punto me baso tangencialmente en la tesis doctoral del Dr. Iván Armenteros Martínez, que fue defendida

2 Orella, José Luis, "El concepto de la Historia en la comunicación historiográfica", *Aportes: Revista de historia contemporánea*, 82, (2013): 149-176.

3 Gayo Santa Cecilia, María Eugenia, José Luis Muñoz de Baena Simón (Coord.), y otros. *Introducción a la Teoría del Derecho*. Madrid: Universidad de Educación a Distancia, 2010.

en la *Universitat de Barcelona* en 2012, y muy especialmente en los trabajos al respecto de dos profesores titulares de la Universidad de Alcalá, el Dr. José Manuel Calderón Ortega y el Dr. Francisco Javier Díaz González, que fueron publicados en la primera década de los dos mil y posteriormente compilados, ampliados y reeditados en forma de libro, ya en el 2012.

Es mi planteamiento una aproximación a la cuestión a través de la utilización de diversas ramas del amplio tronco de las ciencias sociales, tronco que se beneficia enormemente de la interdisciplinariedad cuando lo que se persigue conseguir es una visión panorámica de problemas relacionados, como es el tan fascinante caso que nos ocupa.

1. El Derecho en las sociedades occidentales

1.1. Hacia una definición del campo jurídico

Ubi societas, ubi ius; donde hay sociedad hay Derecho, dice una máxima latina, y aunque tal vez ésta padece de ensimismamiento cultural, cierto es que el Derecho ha ocupado un lugar primordial en las sociedades occidentales en tanto que regulador de las interacciones sociales, especialmente cuando se corre el riesgo de que éstas no sean armónicas y pudiera estallar un conflicto, o más importante aún, cuando éste ya ha estallado y se plantea una disputa que amenaza la paz social. Habría que explicar en primer lugar qué es el Derecho, si bien esto resulta complicado si se entiende que el término en sí es una anfibología. En nuestro planteamiento partimos de cuatro concepciones básicas de Derecho para nuestro tiempo:

- 1) Derecho como norma o conjunto de éstas, o sea, como Derecho Objetivo.
- 2) Derecho como facultad o poder, es decir, como Derecho Subjetivo.
- 3) Derecho como sistema normativo autorreferenciado con reglas internas, esto es, Derecho como parte de las Ciencias del Derecho, que reflexionan y estudian en torno a las manifestaciones de la realidad jurídica.
- 4) Derecho como valor moral ligado a la justicia, o en otras palabras, la comprensión de éste en su dimensión ético-valorativa.

Estas dimensiones existían para el Derecho Medieval, pero no se hallaban separadas sino que constituían por adición el concepto en sí de Derecho, un Derecho que estaba embebido en la misma esencia del hombre y no definido, como lo está para nosotros, como un elemento social que podía abstraerse del individuo. Si el Derecho es la suma de los elementos mencionados, habremos de aproximarnos a su función y a su funcionamiento en la Edad Media, que difiere, por su extensión y funcionamiento a nivel lógico jurídico, del Derecho que conocemos en la actualidad. En cuanto a este funcionamiento interno se puede partir de dos posturas básicas y antagónicas: por un lado una comprensión instrumentalista del mismo y, por el otro, una visión formalista.

La óptica instrumentalista defiende que el Derecho es una herramienta al servicio de las clases dominantes, tratándose de una visión postulada desde planteamientos de estudio de corte marxista. El Derecho es para los instrumentalistas una herramienta represora de las clases dominadas que conseguiría la cohesión social a través de un modelo coercitivo basado en la represión de las conductas atípicas en la sociedad, puesto que éstas amenazan el *statu quo* de la

clase dominante⁴. El segundo planteamiento es la perspectiva formalista, que parte del convencimiento de que el Derecho está constituido por formas jurídicas puras, exento de empirismos, de las realidades sociales, e incluso de fines. Constituiría, así, una suerte de sistema independiente y autorreferenciado dominado únicamente por una lógica interna⁵. El Derecho para los formalistas es, por tanto, independiente, un mecanismo de resolución de conflictos y ordenación de la sociedad que es incorruptible y que se erige como un elemento armónico para la cohesión social y no como expresión de dominantes y dominados⁶.

Aunque ambas posturas han protagonizado intensos debates, conforme al hilo argumental por el cual se desarrolla este trabajo ninguna de ellas se ajusta a la realidad⁷. Es el Derecho un elemento dependiente de la sociedad que lo genera, puesto que está ligado a ésta en tanto que resuelve conflictos presentes en su seno, y es a la vez un elemento que permite defenderse a los miembros más débiles de la sociedad, tal y como demuestra en nuestros días el Derecho Laboral cuando defiende los intereses de los trabajadores contra, por ejemplo, las multinacionales que se hallan en la cúspide del poder económico. Seguimos, pues, una concepción del Derecho que no tiende a ninguna de las tradicionales posturas polarizadas. Pero si el Derecho no es un mecanismo represor de la burguesía dominante ni un ente ideal sin conexión con lo material, entonces ¿qué es?

En mi opinión, el Derecho es un mecanismo que cumple con varias funciones capitales en la sociedad occidental en tanto que es un elemento armonizador de la misma y un potente elemento de socialización que influye de un modo determinante en la reproducción de dicha sociedad. Expresado de un modo conciso, podemos definir el Derecho como un área social relativamente independiente a las presiones externas que, por su capacidad para producir y reproducir un corpus jurídico que atiende a su propia lógica interna, mantiene un grado de imparcialidad suficiente como para presentar soluciones jurídicas que satisfagan a miembros pertenecientes a todos los estratos de una sociedad, de manera que éstos tenderán a cumplir sus mandatos y aspirarán a que sea un sistema aplicable a generaciones futuras⁸.

El Derecho se expresa en un marco de soluciones dadas por el propio sistema que son

4 Bourdieu, Pierre, "La fuerza del derecho. Elementos para una sociología del campo jurídico.", *Poder derecho y clases sociales*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001: 165-166.

5 Esta perspectiva tiene su origen en los teóricos de las ciencias jurídicas como Kelsen, y asemeja el derecho a un sistema matemático, si bien dicho sistema estaría dominado por el principio de lógica jurídica y no por la lógica cartesiana. Bourdieu, "La fuerza del derecho": 168, 172 y 182.

6 Bourdieu, "La fuerza del derecho": 166.

7 Siguiendo las ideas expresadas por el sociólogo francés Pierre Bourdieu, rara vez los pulsos sociales pueden definirse en función de opuestos claramente delimitados. Para saber más a este respecto véase: Bourdieu, "La fuerza del derecho": 63-85.

8 Lasarte Alvarez, Carlos, "Principios de derecho civil I. Parte general y derecho de la persona.", Madrid: Marcial Pons, 2015.

propia mente jurídicas, dotando al campo de una aparente independencia. Dicha independencia se debe a varios factores, el primero de los cuales es el hecho de que su producción se deje a cargo de técnicos especialistas en su interpretación y elaboración. Esta interpretación jurídica es una herramienta más para presentar su aparente independencia, pero no implica que dicha independencia tenga que corresponderse con la realidad, pues no es un fin en sí mismo como algunas perspectivas de los teóricos del Derecho han propuesto⁹. En segundo lugar, el Derecho recurre de un modo constante a normas pasadas, presentándose así como independiente de las relaciones de fuerzas existentes en el momento de su utilización¹⁰. Otro factor es que el Derecho posee una fortísima carga simbólica que ayuda a enmascarar gran parte de las contradicciones menos aparentes de las que es objeto, siendo de especial importancia la idea de justicia como fuente primera o valor rector en el ejercicio del mismo¹¹. Las contradicciones del Derecho persisten a día de hoy a pesar de que nuestra sociedad no se halla dividida en estamentos y de que poseemos una jerarquía jurídica clara que permite recurrir a la norma superior en caso de contradicción. En la Edad Media no se había desarrollado esta jerarquía, y en una sociedad estamental regida por el Derecho las contradicciones se exacerbaban, ya que se vivía más en un estado de colisión de derechos correspondientes a colectivos sociales. A esto se le ha de añadir que la propia lógica a la hora de solventar estos conflictos era muy diferente de la nuestra, aun haciendo referencia a la justicia como rector principal de la ley, como veremos con detenimiento más adelante.

9 La profesionalización del derecho sería uno de los primeros factores que desvirtúan en parte su independencia y en parte su aspiración a ser un sistema lo más justo posible. Se debe ello a que en el derecho occidental es posible que sus profesionales, por medio de sus propias reglas, anulen los efectos de la ley en función de sus intereses o los de su clientela, y desde el mismo momento en que esto es una posibilidad entra en juego la pericia de los especialistas y, junto a esta, factores económicos que pueden inclinar la balanza en favor de quien puede acceder a los mejores del oficio jurídico. Bourdieu, "La fuerza del derecho": 176.

10 Esto, aun así, no lo hace independiente de las relaciones de fuerza existentes en el momento de fijar dicha norma por primera vez, relaciones cuya influencia puede prolongarse por siglos a través de patrones de diferenciación de clase. En este punto, la igualdad ante la ley, idea de origen liberal, sería uno de los contrapesos fundamentales, pero aun así es incapaz de eliminar completamente cierto sesgo en la expresión jurídica ya que ésta es, a fin de cuentas, un producto humano y nunca será absolutamente imparcial. Bourdieu, "La fuerza del derecho": 176-177.

11 Resulta paradójico que la lógica jurídica pretenda presentarse como partícipe de manera simultánea de la razón y de la ética, ya que estas áreas del entendimiento humano no han de ir necesariamente de la mano en cuestiones que el derecho resuelve evocando a ambas, y en más de una ocasión se produce una colisión entre ambos principios en el que uno ha de erigirse como superior al otro para cada caso concreto. Bourdieu, "La fuerza del derecho": 174-175.

1.2. Estructura jurídica en el Occidente medieval

Durante el periodo de la Edad Media conocido como la plenitud feudal (s. X-XIII), así como en buen parte de la Baja Edad Media (s. XIV-XV) no hay en Occidente un único sistema normativo que emane de una fuente y que se estructure en una clara jerarquía legislativa. Al ser la dimensión jurídica un elemento fuerte y central para los hombres de esos tiempos por haberse asentado a lo largo de los siglos anteriores, ésta constituye su visión del universo, y es además una dimensión que se percibe como antigua, esencial y previa hasta el punto de que domina la esfera política. En este contexto, la pluralidad de reglamentos es un hecho, y dentro de éstos la mayor distinción existente radica en si se tratan de reglamentos producidos para su observancia por parte del clero o por personas laicas. Sin embargo, aunque este hecho constituye una línea divisoria tangible, las similitudes entre ambas partes son muy importantes debido a que el mayor desarrollo del Derecho Canónico, explicable entre otras cosas por el monopolio que en la plenitud feudal tuvo la iglesia sobre la escritura¹², hizo que a la hora de poner por escrito la legislación secular ésta se inspirase o incluso tomase como modelo la forma de las normas canónicas.

Cuando durante la plenitud feudal y la Baja Edad Media se recurría en Aragón, Castilla o cualquier lugar perteneciente a la Cristiandad al pasado como fuente del Derecho, la concepción de éste era indisoluble de la idea de "bueno" y "viejo"¹³. Ello se une a las nuevas leyes creadas para presentarlas como un "redescubrimiento" de una ley antigua olvidada, legitimándola este hecho por el peso de una tradición que, en realidad, se acababa de crear para legislar un caso nuevo. Lo que se ve en ello es una fuerte idealización de un pasado en el que se percibía un Derecho común (romano, natural o divino) al cual se remitía de modo sistemático en la Europa Occidental de cara a la creación de normas, constituyéndose de manera efectiva en principio legitimador. Si bien esta fuente ideal se erigía como lugar de nacimiento de las leyes, su expresión a nivel local (es decir en una región o espacio jurídico concreto) era de una variedad tan amplia que resulta sorprendente la sistemática remisión teórica a este imaginario origen común. Pero en realidad no es tan sorprendente si se entiende que esto es más una elaboración realizada por los juristas en las altas esferas y que estaba desligada en parte de la percepción de las gentes simples con respecto al Derecho. Un campesino medieval tendría, seguramente, una imagen difusa del pasado más allá de sus ancestros y las ideas de la antigüedad que la cristianización hubiese inculcado en su persona. La

12 Prodi, Paolo, "Utrumque ius in utroque foro.", *Una historia de la justicia. De la pluralidad de fueros al dualismo moderno entre conciencia y derecho*, Capellades: Katz Editores, 2008: 99-134.

13 Estos dos conceptos distan de la concepción contemporánea, ya que lo que se entiende de los siglos XI a XV por bueno no se puede encasillar únicamente dentro de una concepción maniqueísta, y a su vez, lo viejo está validado por el hecho de serlo: lo antiguo se valida a sí mismo por su duración en el tiempo, da seguridad y robustez a una idea.

ley romana, la germánica o el Derecho natural no eran realidades fuertemente vivas como tales en la tradición cultural del pueblo llano, de carácter fundamentalmente oral, y escapaban a su conocimiento. Así, en cuanto a las leyes nuevas, su percepción por parte del colectivo se limitaba a lo justo o injusto de ellas, y su capacidad de reacción ante éstas en realidad iba ligada a la voluntad de los señores que debían acatar las nuevas normas, pues eran ellos quienes poseían mecanismos coercitivos para sofocar revueltas, así como peso en la opinión de los instigadores de la ley por medio de relaciones clientelares y de imitación social. Estos mecanismos usualmente bastaban para mantener el orden en la sociedad.

1.3. El derecho en la mentalidad medieval

Como en la mayoría de sociedades estatales antiguas, en el Derecho Medieval no hay una separación entre el ámbito jurídico propiamente dicho, la filosofía, la religión y la moral. Sin embargo, el Derecho Occidental difiere de otras concepciones en la medida en que, aunque está influido por la religión, éste actúa de un modo más o menos independiente con respecto a la misma, independencia que se ve claramente si se compara con el Derecho Teocrático musulmán, en el cual la norma es directamente religiosa y proviene de sus textos sagrados. Así, para los musulmanes el infractor además es un pecador, pero lo más destacado es el inmovilismo que deriva de la condición sacra de las leyes: puesto que se trata de un Derecho divino, es perfecto en esencia y no ha de ser perturbado por la acción de los hombres, actuando así como una fuerza opuesta a la transformación de la sociedad. Sin embargo, tampoco hemos de pensar que la sociedad medieval cristiana era dominada por el movilismo. Simplemente se ha de tener en cuenta que las leyes podían cambiar para adaptarse a las necesidades del momento, aunque dicho cambio se presentaba como una restauración de leyes del pasado, evitando en el ideario medieval la presencia de la innovación radical que podía resultar tan peligrosa para el orden social. En una sociedad tan rígida como la medieval, donde la tradición y toda interacción social estaban regladas, donde la repetición y la rutina brindaban seguridad y sentido a la vida, que dada la debilidad de la técnica solía ser frágil, las desviaciones no se toleraban y el Derecho, como norma rectora que trascendía lo que hoy se entiende como un elemento respaldado por elementos estatales coercitivos, era central¹⁴.

Nuestra propia percepción del Derecho en la actualidad parte de los ideales liberales decimonónicos y de la propia tradición medieval, tradición que a su vez se basa en la germana y la romana, que fueron aglutinadas por medio del cristianismo. En las sociedades germánicas lo que se entendía por Derecho abarcaba mucho más de lo que nosotros entendemos: las leyes eran un

14 En palabras de Arón Guriévich "[...] el derecho adquiría carácter de regulador omnipresente de las relaciones sociales". Guriévich, Arón, "La construcción de un país está basada en el derecho.", *Las categorías de la cultura medieval*, Madrid: Taurus Humanidades, 1990:182.

conjunto de normas morales, éticas y religiosas que regulaban la convivencia en sí, no existiendo ésta fuera de dichas normas. Esto llegaba hasta el punto de que un fuera de la ley privado de sus derechos era repudiado de la sociedad de los hombres¹⁵. En estas sociedades uno nacía dentro de un Derecho dado por la costumbre y la tradición, que eran respetadas de un modo voluntario al ser justas y equitativas, además de que no estaban respaldadas por mecanismos de coerción físicos sino psicológicos: el incumplimiento de una ley contrariaría una de las reglas mágicas del imaginario bárbaro, haciendo que recayesen sobre el incumplidor terribles maldiciones¹⁶. Esta situación cambiará con la conversión de los pueblos germánicos al cristianismo, ya que surgirá una diferenciación entre la moral y el Derecho, puesto que esta religión ligará la moral a la conciencia, que es individual (aunque muy influenciada por el grupo al que uno pertenezca), libre e independiente de la ley, que es una fuerza que somete a todos los miembros de la comunidad. Esto no implicó la desaparición del Derecho germánico tradicional, sino que éste se incorporó al Derecho Medieval convirtiéndose en una de las bases del mismo¹⁷.

La sociedad cristiana, como la germánica, no era una sociedad de igualdad jurídica, sino que se presentaban asimetrías en los derechos de los individuos en base a una jerarquía. Los cuerpos de la sociedad tripartita tenía una jerarquía interna, pero en la cúspide de dicha sociedad se encontraba el monarca por la gracia de Dios, el cual sólo respondía ante Éste y a las leyes por Él otorgadas. La fidelidad feudovasallática era una de las bases fundamentales del Derecho, fidelidad basada, al menos en la teoría, en una obediencia absoluta, mas no a la persona sino al Derecho. Un vasallo que se rebelase contra un rey cuyas acciones consideraba injustas por atentar éste contra sus privilegios, o por actuar, desde la perspectiva del rebelde, contra la costumbre, que era Derecho consuetudinario, no tenía que sentirse o presentarse ante quienes de él dependían como un traidor, puesto que al apoyarse en una instancia superior no rompía su juramento de fidelidad, al contrario, lo cumplía aún a pesar de lo adverso de las circunstancias¹⁸. En realidad, la fidelidad no era un elemento de obediencia pasiva, sino que implicaba la existencia de una serie de obligaciones recíprocas que determinaban la obediencia del súbdito. No ha de confundirse esto con una relación contractual privada como las que se dan en la Edad Contemporánea, ya que el vasallo y el señor no sólo precisaban un acuerdo mutuo, sino que éste era también un acuerdo con respecto al Derecho y a una costumbre antigua (y, por ende, buena y justa). Sin embargo, estos lazos no siempre se manifestaban de un modo acorde a dicha reciprocidad y se podían convertir en relaciones en la cual

15 Guriévich, "La construcción de un país": 186-187.

16 Guriévich, "La construcción de un país": 188.

17 Alvarado Planas, Javier, *Historia del derecho español*, Madrid: Sanz y Torres, 2014.

18 Esto cobraba especial valor si aquél contra el que se rebelaba era un pariente, puesto que la familia era una de las bases de la sociedad medieval. Guriévich, "La construcción de un país": 195.

la clase dominante se aprovechaba de la dominada sin cumplir de un modo satisfactorio con su parte del acuerdo.

Otra de las bases fundamentales del Derecho era que éste no se consideraba como algo creado por los hombres, sino un don de Dios, habiendo introducido la Iglesia dicha concepción, que luego usaría en su beneficio¹⁹. Como don divino, el Derecho era un elemento inherente al orden del mundo, parte de una ley natural que lo regía todo. Es aquí donde este punto se unía con la idea de la justicia, puesto que si el Derecho era un don divino, con Dios como fuente del mismo, no podía ser injusto ni malo, siendo solo su vulneración, tergiversación y olvido, lo negativo, la fuente de las injusticias. Al margen de ello, existían leyes creadas por los hombres a imagen de las leyes naturales inmanentes al mundo, pero éstas, para no violentar el conservadurismo medieval, no se presentaban como creaciones nuevas: las leyes de reciente aparición eran fruto de una búsqueda de las mismas en el pasado supuesto. Eran, así, leyes de los antepasados de uno o leyes presentes en las propias leyes naturales, ligadas a la creación divina del mundo y existentes desde el origen de los tiempos. El hecho de que fuese un derecho antiguo "redescubierto" reforzaba su legitimación al dotarlo automáticamente de los ideales del bien y de la justicia. Por ello tampoco se derogaban las leyes propiamente dichas sino que se corregían, siguiendo la antigua norma redescubierta, de esas tergiversaciones nacidas de la torpeza humana. La idealización extrema del pasado hacía que cuando éste se representaba se hiciera más en función de lo que debía ser que de lo que había sido, deformando los hechos hasta que se ajustaban a la verdad aceptada. Esta perspectiva hacía que la aceptación de las leyes fuese mejor si eran "de hecho" una actualización de las mismas y no una creación nueva. El peso del pasado incluía la sanción de las generaciones anteriores, algo aprobado por la tradición y probado por el uso, uso cuyo olvido se podía presentar como el origen de la disfuncionalidad que hacía necesaria dicha ley. El auténtico mecanismo para la evolución social ocurría de la mano de las memorias de los hombres, puesto que éstos, sin percatarse, creaban y modificaban las costumbres, las cuales se cubrían de una pátina de antigüedad y eternidad que las hacía válidas y eficaces a los ojos de quienes a éstas se sometían²⁰. La perspectiva medieval nos presenta entonces un legislador particular que es, en apariencia, un compilador de las leyes antiguas, siendo sabio al seleccionar las mejores y más justas de entre ellas. Los hombres medievales, que veían un pasado ideal, obraban los cambios y el progreso social como si de restauraciones u aproximaciones a dicho pasado se tratasen, configurando un progreso que se orientaba hacia el pasado. Este pasado, en una cultura predominantemente oral, tenía como una de

19 Prodi, "Utrumque ius in utroque foro": 99-134.

20 Gayo Santa Cecilia, María Eugenia (Coord.), José Luis Muñoz de Baena Simón (Coord.), y otros, *Introducción a la Teoría del Derecho*, Madrid: Universidad de Educación a Distancia, 2010.

sus fuentes principales la tradición moral popular, pues en esta se veían las viejas y buenas formas que habían sido salvaguardadas por el pueblo, siendo esto una fuente de Derecho subsidiaria con respecto del Derecho divino.

Para los medievales el rey no era un legislador y el Derecho se situaba sobre el monarca, limitando el poder de éste. El poder del rey medieval estaba lejos del monarca absoluto que le seguiría, pues el primero necesitaba presentar su obra sancionada por una tradición y la ley natural, para lo cual necesitaba la aprobación del pueblo, al menos en un plano teórico. De hecho, a la hora de aprobar o no un cambio en la ley, lo que se requería era del consenso de la nobleza, y las leyes nunca eran públicas ni universales, pues un elemento característico del Derecho Medieval es su fragmentación. La obligación del monarca era respetar todas y cada unas de las leyes diferenciadas que bajo su dominio tenían cobijo.

Teniendo en cuenta todo lo anterior se ha de ver que el Derecho era un bien común a todos y bajo sus formas la sociedad reconocía aquello que existía y era relevante para la misma. Las corporaciones y los gremios se servían de estatutos, las ciudades se fundaban junto a sus fueros, los señores feudales buscaban el reconocimiento de los favores reales en forma de privilegios con fuerza de ley, etcétera. En definitiva, como ya señalamos antes de manera algo abstracta, las relaciones sociales eran válidas cuando eran sancionadas por el Derecho, Derecho que por eso mismo estaba presente tanto en calidad de elemento armonizador y asegurador de las cosas como a modo de caballo de batalla para combatir aquello que algún colectivo de la sociedad sintiese como injusto. Sin embargo, la relevancia del Derecho no se limitaba a fijar y asegurar los elementos importantes para la sociedad desde una perspectiva colectiva, sino que, al ser la sociedad eminentemente corporativa y ajena en gran parte al individualismo, también determinaba el lugar de cada cual en el seno de la misma²¹. La posición social conforme al Derecho del colectivo al que uno pertenecía se adquiría en función del estamento en el cual se naciera. Pero este estamento no era eterno e inmutable, ya que se podía modificar por medio de juramentos de fidelidad, la unión a una orden eclesiástica e incluso el cambio en el lugar de residencia²². En esta sociedad la pertenencia a

21 En palabras de Gurievich: "Los hombres se caracterizaban en primer lugar por su estatuto jurídico. En el feudalismo, al igual que en la sociedad bárbara, el estatuto era indisociable de la persona". Guriévich, "La construcción de un país": 198.

22 Un rasgo destacable de este estatuto es el hecho de que se le atribuían cualidades morales al mismo, algo que desde mi perspectiva es una herencia de la sociedad germánica en la cual su derecho/moral otorgaba a los individuos situados más arriba en la escala social atributos positivos acordes con su posición: sabiduría, justicia, belleza (que se veía como un rasgo moral), etc., así como unas responsabilidades acordes a dichos atributos. Así, que un señor germano actuase con bajeza era más reprochable para sus congéneres que un acto igual por parte de un esclavo, pues a fin de cuentas se esperaba más del primero. Ciertamente, dicha tendencia germánica a esperar más del dirigente se atemperaría en el medioevo cristiano, puesto que la ley y la moral, por gracia de la nueva religión, habían sufrido una separación: la ley, como ya vimos, dependería ahora de un incipiente mecanismo de coerción y no de un castigo conforme a las leyes mágicas. Dicho mecanismo correría a cargo de los estratos

un estamento u otro era ante todo una cuestión de la pertenencia a una categoría jurídica concreta, y eran esos rasgos jurídicos, o mejor dicho, esos derechos inherentes, los que determinaban la posición social de uno, no las posesiones materiales. Si bien no estoy negando que la posesión de bienes influía en la posición social, la relación de causalidad era contraria a la que cabría esperar: eran los derechos derivados de la posición del individuo los que solían facilitar enormemente el acceso a unos bienes determinados, pero no eran ni imprescindibles ni dependientes entre sí.

Si la sociedad medieval sólo reconocía a los colectivos de su seno y a sus individuos en función del Derecho del cual fuesen sujetos, es fácil comprender que las relaciones en la misma estaban fuertemente normativizadas por éste. El Derecho y las normas definían la vida de los individuos, y en una sociedad como la medieval, en la que éstos no eran ámbitos separados, estaba fuertemente unido a la tradición y a la religión. Como es evidente, si el Derecho iba ligado a una tradición en una cultura eminentemente oral, la principal forma de difusión de éste no era la escrita, expresándose por medio de la ritualización de actos solemnes y de elementos de marcado carácter simbólico más que por medio de contratos o estatutos durante la Alta Edad Media y parte de la plenitud feudal. El siglo XII marcará un punto de inflexión puesto que supondrá la imposición paulatina de una cultura de lo escrito, ganando eficacia el documento y perdiéndola el rito (aunque, una vez más, no nos encontramos ante un proceso homogéneo en la Europa Occidental). Esto hacía que, por un lado, la pertenencia a una comunidad fuese algo que aseguraba la posición de cada uno, y por otro, los testigos de dicha comunidad tomaran un papel fundamental como validadores de cada acto jurídico concreto acaecido en el término en el cual uno residiría²³.

La sociedad feudal era una sociedad corporativa, no una individualista como lo es la nuestra, y la pertenencia a una comunidad y a un estamento determinado eran fundamentales en la relación del hombre con su mundo. Era en el seno de dicha comunidad donde uno forjaba los verdaderos lazos sociales, puesto que fuera de esta uno era percibido como un miembro de "esa" comunidad, no como un ente individual, de modo que la posición de una comunidad en el conjunto sería la que determinaría, conforme a las normas y la tradición, el trato que uno dispensase a otros y el que a uno le sería dispensado. Así mismo, cada comunidad creaba una serie de normas internas

superiores de la sociedad (aunque no del Estado en sí, si bien éste se iría adueñando del monopolio de la violencia durante la transición hacia la modernidad). Como es lógico, la clase dirigente no tendía a ejercer los mecanismos punitivos con el mismo celo cuando sus propios integrantes eran los destinatarios del castigo, merced que no alcanzaba a los que eran miembros de un escalafón más bajo. Arón Guriévich, "La construcción de un país": 199.

²³ En lo referente al papel validador de los testigos cabe mencionar a modo de ejemplo ilustrativo el caso de una de las modalidades de matrimonio: el matrimonio por palabras de futuro, que antes que un sacramento era un acto solemne con efectos jurídicos y solo requería la presencia de los cónyuges y de un testigo, siendo perfectamente válido a nivel legal una vez consumado el acto carnal. García Herrero, María del Carmen, "Los matrimonios de Gaspar Eli: tipología matrimonial en un proceso de 1493.", *Del nacer y el vivir*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2005: 197-215.

atendiendo a los elementos importantes en la mentalidad medieval: la tradición era el más importante de éstos y en torno a ella se estructuraba el código de conducta del grupo. Este código de conducta implicaba también una serie de ideales y convicciones morales y políticas, conllevando la pertenencia al grupo la aceptación incuestionable de dichos principios.

Dentro del sistema de Derecho y de relaciones medievales merece la pena prestar especial atención al papel que desempeñaba el juramento, una prueba irrefutable de la palabra dada. Esto era así por tratarse de un acto solemne cuyo incumplimiento implicaba una afrenta al Derecho, a la tradición, y era un pecado contrario a los diez mandamientos. Conforme a la lógica medieval, colectiva, tradicional y previa al pensamiento cartesiano moderno, Dios no permitiría a un perjurio triunfar, al igual que no permitiría ganar a quien no respetase las formas tradicionales establecidas. En estos elementos religioso-mágicos se ven reminiscencias de la tradición bárbara, si bien esto no explica su pervivencia a lo largo de los siglos. En una cultura basada en las normas y las tradiciones donde la propia sociedad tendía a crear reglamentos para toda interacción social y la repetición era la norma, los comportamientos rituales proliferaban en tanto que manifestaciones más naturales de dichas tradiciones. La preponderancia de la palabra ha de relacionarse con el férreo control que determinados grupos tenían de la cultura escrita, lo que sumado a la condición sacra que se le daba al juramento y a los rituales de uso más común o a los revestidos de mayor importancia en la mentalidad judeocristiana propiciaba que rara vez se vieran transmigrados a palabras escritas. En cada lugar se conocían los mismos con sus variaciones locales, que eran guardados en la memoria de las gentes y se reforzaban por medio de su uso, ya fuera por ser este común o trascendente. Aun entendiendo la importancia del juramento se ha de comprender que en un mundo como el medieval, en el cual primaba el grupo frente al individuo y la realidad se interpretaba en clave religiosa, siendo los milagros, permítase la expresión, pan nuestro de cada día²⁴, la verdad en ocasiones podía estar más orientada al servicio del grupo al que uno pertenecía que hacia la fidelidad a los hechos²⁵.

Habiéndonos adentrado ya en la concepción personal y social del Derecho, cabría mencionar su concepción a un nivel estatal, que una vez más, en la mentalidad medieval, se encuentra asociada a los otros dos ámbitos. Esto es así porque el estado centralizado (jerarquizado y ordenado como tal) no existía, y el poder del monarca, que encarnaba lo más próximo que tenemos a la figura de un estado, era ante todo un poder de tipo personal que iba ligado a los derechos sobre la tierra. Eran

24 Esto se debe a que no se había desarrollado el pensamiento individual en gran medida. Si a ello se le suma el papel central que en la mentalidad medieval jugaba una religión dogmática que incita a aceptar sin cuestionar una serie de verdades reveladas y el peso que a la tradición se daba en el entendimiento del mundo, con su buena dosis de supersticiones y hechos sociales incuestionables, la perspectiva resulta más comprensible. Guriévich, "La construcción de un país": 204-206.

25 Guriévich. "La construcción de un país": 204.

estas las dos caras de una misma moneda: el derecho sobre una tierra daba poder y era necesario tener poder para tener derecho sobre las tierras. Esta debilidad en la jerarquía, junto a la falta de unas delimitaciones claras en una ley oral cuyo único punto en común de un confín a otro del continente europeo era su fragmentación y falta de coherencia, creaban un clima propicio a la imposición de los derechos personales o grupales por medio de la violencia. Incluso una decisión en Derecho que contrariase a un noble podía hacer que éste se dispusiese a obtener una solución afín a sus inclinaciones por medio del empleo de la fuerza. Aún a pesar de dicha violencia persistente, ésta no constituía la base sobre la que se fundamentaba la sociedad medieval, sino que se recurría en su lugar al Derecho consuetudinario y a la religión. Se encontraba precisamente en dicha tradición el recurso a la violencia, especialmente por parte de una clase social dominante que se definía e identificaba a través del ejercicio bélico, como era la nobleza. Para otros colectivos de la sociedad medieval el recurrir a la violencia no era siempre posible o siquiera deseable por las duras consecuencias que un estallido violento acarrearía. Ante una afrenta o una violación seria de los derechos antiguos y las viejas costumbres, que como ya vimos eran el primer elemento creado durante la constitución de una comunidad en la Europa Occidental, se podía acudir a los tribunales de manera colectiva para verificar la ley o la costumbre. Era éste un recurso que no podía ser vedado puesto que la ley y el Derecho ocupaban un papel central en la sociedad feudal, pues era ésta un lazo de unión entre los hombres que daba a cada individuo su papel en la sociedad, sus obligaciones hacia otros y las obligaciones de otros para con él.

El Derecho Medieval estaba plagado de contradicciones; era una fuerza social que, al afectar a todos, los unía pero a la vez los separaba en clases; mostraba obligaciones recíprocas a la par que era una herramienta para eludir dichas obligaciones o para imponerlas. La incapacidad en la mentalidad medieval para conformar el Derecho como un elemento separado del individuo hacía que la coherencia fuese una utopía inalcanzable: la jerarquía era confusa y la fragmentación un hecho.

2. El Derecho y la violencia institucionalizada

2.1. Guerra justa, cautividad lícita

Según Francisco García Fitz²⁶ a simple vista resulta difícil enlazar una sociedad organizada en torno a la idea de Derecho con el caso de la guerra y con algunas de sus consecuencias concretas, como lo son los cautivos de uno u otro bando que se dan en medio de la refriega. Sin embargo, en una sociedad como la medieval, en la cual el Derecho se presentaba como uno de sus pilares, una actividad tan frecuente como la guerra no se inscribía en un marco ilegal o alegal, sino que era presentada por los pensadores como una de las manifestaciones de aquél. Gran parte del planteamiento de una guerra legal y justa provenía de la tradición romana, y su conciliación con la ideología cristiana, que incluía preceptos como no matarás, ocupó a algunos de los grandes teólogos de la Alta Edad Media, como San Agustín (s.IV-V), quien no zanjaría el tema y que sería retomado por muchos autores posteriores, entre los que destacan algunos como San Isidoro de Sevilla (s.VII), Santo Tomás (s.XIII) o, algo más adelante, Honoré de Bouvet (s. XIV-XV). Todos ellos son prueba fehaciente del vivo interés que el tema despertaba y de la gran dificultad de hallar una respuesta satisfactoria.

En los siglos XIII a XV el Derecho se presenta como justificador de la guerra y como delimitador del marco de acción aceptable en la misma, encargándose principalmente de justificar las acciones armadas como actos de defensa legítima, reglar el trato a los prisioneros, poner límites a la violencia...

Para la mentalidad medieval el uso de la violencia en respuesta a una agresión, ya fuere a nivel individual y privado, o estatal y público, era uno de los derechos más básicos, ya que correspondía al derecho natural a la legítima defensa. Junto a ello está el hecho de que una guerra se planteaba de un modo similar a las actuaciones judiciales, en las cuales la parte dañada o perjudicada por la otra podía buscar una compensación de manera lícita ante una instancia superior como eran los poderes públicos, o más claramente, las élites de la sociedad feudal que ostentaban un alto grado de poder. Cuando el conflicto se producía entre dos de estos grandes poderes públicos, este se presentaba como una autodefensa de sus intereses al no existir ninguna autoridad superior a la que apelar. La guerra para recuperar lo perdido era percibida como intrínsecamente justa, una extensión de la justicia ordinaria que al estar amparada por el Derecho se tornaba en un ejercicio de la violencia "justo", que es lo que hacía diferir a la guerra del vulgar bandidaje²⁷.

26 García Fitz, Francisco, *La Edad Media. Guerra e Ideología, justificaciones religiosas y jurídicas*, Madrid: Sílex, 2003: 21-75.

27 García Fitz, *La Edad Media. Guerra e Ideología*: 50-51.

Tal relación con el mundo del Derecho dentro de la concepción medieval hacía que la guerra se llegase a considerar como una forma particular de juicio por combate en la cual la victoria última correspondería a la parte que más razón tuviese, ya que Dios, conforme a la visión providencialista medieval, era el juez supremo del conflicto armado y no permitiría que la injusticia triunfase. Dentro de estos conflictos armados medievales el cumplimiento de los formalismos previos era indispensable para salvaguardar el honor de uno, así como para evitar que se pudiesen exigir con posterioridad compensaciones por haber actuado de una manera contraria la ley. La declaración de guerra brindaba derechos y obligaciones a ambas partes, diferenciándose así de otros grupos hostiles como los bandidos, los piratas o los bárbaros.

Son varios los criterios que permiten presentar una guerra como justa, y éstos además variarán en función del lugar y del tiempo. Su relevancia estribaba ante todo en que el ser una guerra justa y legítima hacía que no sólo la violencia, sino también el botín y la captura de prisioneros se presentasen como una forma de compensación ante el daño causado por la otra parte, que era en última instancia la responsable de dicha guerra. Sin dicha legalidad se le podrían exigir al guerrero reclamaciones judiciales posteriores y, lo que es peor, su alma era plenamente responsable de los pecados cometidos. En una guerra justa el soldado que obedecía órdenes se situaba en el mismo plano que un verdugo: puesto que mataba por la causa del bien común y en pos de la justicia, no era responsable ante Dios de ningún pecado capital.

Para que el acto de guerra fuese legítimo se requería que la violencia se llevase a cabo por una autoridad pública, en nombre de la misma, o bajo su consentimiento, sin que ello excluyese otras formas legítimas de violencia que, sin embargo, no son guerras. La potestad para declarar la guerra en el fragmentado mundo medieval no es clara, con la notoria excepción de Dios, quien posee legitimidad absoluta. Algunos autores extenderán dicha potestad a la iglesia en tanto que representantes de Dios en la tierra²⁸.

Todo esto va encaminado al monopolio estatal de la violencia, que convertiría en no justas las guerras feudales, a la larga reforzando el poder centralizador del estado y superando aquella vieja costumbre de guerra privada en defensa de bienes (fueran físicos o ideales, como la honra) por la de acudir a tribunales, en cuya cúspide terminaría situándose el monarca como juez supremo. Este proceso ya estaría bastante consolidado a partir del siglo XIII en los territorios cristianos de Occidente²⁹.

28 García Fitz, *La Edad Media. Guerra e Ideología*: 44-48.

29 Contamine, Philippe, "The Growth of State Control Practices of War, 1300-1800: Ransom and Booty", *War and Competition Between States*, Oxford: Oxford University Press, 2003: 169.

Aunque existían las instancias superiores, éstas no eran las únicas que en la práctica determinaban si una guerra era o no justa, ya que se podía dar el caso de que una injuria o agresión desembocase en una guerra justa si la autoridad judicial competente no podía o no quería solventar la misma por medio de un proceso judicial. En dicho caso la violación de un derecho permitía tomarse la justicia por su mano, o presentar como guerras justas auténticas rebeliones.

Un caso particular de guerras justas son aquellas que se libraban contra quienes profesaban otra fe diferente a la cristiana, ya que eran el único caso de sujetos de guerra ofensiva justa al ofender a Dios con sus creencias así como por ocupar sus territorios de una forma contraria al Derecho. Todas las demás formas de guerra justa eran, en efecto, defensivas. La consideración de guerra justa o no influiría en el destino de los prisioneros que el conflicto generase.

Como es de esperarse ante una construcción teórica, la realidad distaba de ello, ya que durante los siglos finales de la Edad Media europea (XIV-XV) la guerra era una empresa dirigida de una manera más o menos autónoma por un señor de la guerra que al embarcarse en ésta, por las motivaciones que fuesen, contaba con que obtendría además una ganancia material, aspiración compartida con sus subordinados. El crecimiento del poder estatal fue limitando la acción privada hasta alcanzar el monopolio en materia bélica con el tiempo.

Dentro de este contexto el rescate suponía un medio más hacia la ganancia económica, siendo una práctica que los estados modernos han abandonado, quedando marginada a contextos criminales en la actualidad. Conforme al ideal de guerra medieval, sólo podían ser sujetos de prisión quienes participasen de un modo directo en la guerra, quedando excluidos los campesinos, quienes pagaban tributos. Esta concepción ideal limitaría la captura a los nobles, los soldados y los habitantes de ciudades amuralladas, lo que se relaciona con el ideal de la cortesía caballeresca. Conforme a las leyes antiguas (en el contexto de las sociedades griegas y romanas) aquellos prisioneros capturados en una guerra justa adquirirían la condición de esclavos, pudiéndoseles dar muerte o proceder a su venta, si bien Bovet defiende que dicha práctica no debería existir entre cristianos³⁰.

Las condiciones de la captura, así como el pago del rescate entre gentes nobles, normalmente se formalizaban a través de contratos de corte privado. El incumplimiento de las condiciones de uno de estos contratos podía llevar a una disputa en los tribunales, una resolución a través de juicio por combate, o a la difamación pública del incumplidor a través de un ataque a su

30 Esto se puede observar en Calderón Ortega, José Manuel, "Los desastres de la guerra: reflexiones sobre la muerte de prisioneros y cautivos durante la Edad Media", *Espacio, tiempo y forma. Serie III, Historia medieval* 22 (2009 a): 13-45.

honor, que habría puesto en tela de juicio al romper la palabra dada. Aunque una de las teorías establecía que no se debía exigir un rescate que sobrepasase seis veces la renta anual del capturado, en la práctica esto no era una regla rígida, y usualmente se incumplía.

La decisión de tomar o no prisioneros a finales del periodo medieval se podía supeditar a órdenes expresas del comandante de la fuerza de combate, tanto en batallas campales como en la toma de castillos y plazas fuertes. Además de ello, tras una rendición también era potestad del comandante aceptar la misma o no, estando entre sus prerrogativas la de pasar a todos a cuchillo. Aunque en general la muerte a los prisioneros suponía una pérdida económica, una decisión así podría responder a razones no materiales como la de castigar rebeldes o gentes que hubiesen incurrido en delito de lesa majestad, a modo de táctica intimidatoria o por cuestiones de escasez de recursos, pues mantener a los prisioneros implica destinar hombres y por lo menos una cantidad mísera de comida.

Además de su utilidad económica, un prisionero se podía emplear como elemento táctico, acordando, por ejemplo, su liberación a cambio de la rendición de una plaza fuerte³¹. La captura de prisioneros también podía implicar la liberación de aquellos que se hallaban en poder de los ahora capturados, liberación que podía implicar la disolución de los compromisos previamente adquiridos con los captores³².

A finales de la Edad Media el príncipe tenía derecho teórico sobre todas las ganancias de la guerra, si bien esto era ambiguo, pues de él se esperaba que las redistribuyera entre sus hombres (algo que, como ya vimos, no siempre ocurría). Esta potestad se ve claramente en las cláusulas de los acuerdos de rendición de las ciudades fortificadas, que presuponían en su contenido la existencia de un derecho real por parte del príncipe³³.

El acuerdo entre captor y capturado podía ser revocado por la autoridad regia bajo diversas circunstancias, ocasionalmente con compensaciones, aunque no está claro que éstas siempre fuesen obligatorias. Un tratado entre naciones podía a su vez disolver los lazos adquiridos. El rey y los grandes señores poseían también una capacidad paralegal de influir en el destino de un prisionero cuando una vía regular no estaba a su disposición.

31 "[...] on January 1451, Jacques de Clemont, esquire and *bailli* of Caen, gaves a receipt to the receiver-general of oNormandy for the sum of 1,500 *écus* owed him by Charles VII, who had an English prisoner of Jacques de Clemont's handed over to him, then proceeded to free the prisoner in exchange for the surrender of the city and castle of Gisors." Extracto de: Contamine, "The Growth of State Control Practices of War": 169.

32 "[...] An article of the treaty of surrender of the city and castle of Caen to Charles VII, on 24 June 1450, stipulated that 'all the prisoners of the said city and castle shall be released from all the pledges and promises they made to the English'." Extracto de: Contamine, "The Growth of State Control Practices of War": 168.

33 Contamine, "The Growth of State Control Practices of War": 165-166.

La autoridad de la jerarquía intervenía en los prisioneros de guerra, de modo que los hombres de armas requerían del permiso de su capitán para poder pedir rescate por un prisionero (la naturaleza del valor político del mismo en relación con el conflicto o su condición de traidor o espía podían impedir que el capitán o el príncipe tuviesen interés en su liberación), y este podía tomar un prisionero de sus hombres de armas siempre y cuando pagase a este el rescate exigido por el prisionero. En el rescate de prisioneros el interés público primaba sobre el interés privado (ejemplo de ello son casos en los que se estipula de modo previo el pago de liberación por cada prisionero capturado conforme a su condición).

2.2. Consideración jurídica de los cautivos de guerra

En el mundo antiguo las guerras solían enfocarse en el control de recursos que podían tomar formas muy variadas. Así, los actos bélicos incluían desde la apropiación violenta de mercancías orquestada por un estado contra otro hasta el control de un área geográfica cuya extensión podía ir desde una villa a una región. Rara vez se buscaba una destrucción sistemática del adversario: esta intención genocida es un deleznable producto de la modernidad y no de los tiempos pretéritos. Sin existir la intención de un exterminio intencionado, los conflictos usualmente generaban prisioneros en ambos bandos, tanto combatientes que incapacitados para continuar la lucha eran apresados y su vida perdonada, como no combatientes que al terminar un conflicto concreto se encontraban sin el respaldo de hombres armados a su causa. Estos prisioneros constituían un problema o una oportunidad de hacer negocio, según la perspectiva. El tráfico humano se erigió ya desde tiempos antiguos como uno de los negocios más lucrativos para los comerciantes ante un mercado siempre capaz de absorber la oferta. El cristianismo abrirá una nueva etapa de reflexión relativa a la situación de los prisioneros hechos en la guerra, siendo el primero en ponderar al respecto San Agustín de Hipona, que desde una óptica religiosa hablaría de una guerra justa en el seno de la cristiandad y de la virtud de la compasión, permitiendo al vencido vivir sin reducirlo a la esclavitud siempre que ello no comprometiese la paz. La observancia de sus reflexiones, más tarde desarrollada por otros pensadores cristianos como San Isidoro de Sevilla y Santo Tomás de Aquino, y de la postura doctrinal de la Iglesia, que seguiría teóricamente sus perspectivas, no se extendió mucho en la praxis militar, por lo que las condiciones de los prisioneros siguieron siendo durísimas. Lo que sí permitió el cristianismo fue un cambio en el trato, abriéndose la posibilidad de perdonar la vida sin vender al capturado como esclavo por medio de la devolución del mismo a cambio de un rescate. Esto era un cambio en las reglas del juego con respecto al mundo antiguo, ya que los prisioneros, aunque supusiesen un coste, podían resultar más útiles como rehenes que como esclavos destinados a un mercado. Se abrió una nueva opción además de la tradicional

comercialización dirigida a la esclavización, que por gracia de la Iglesia ya no era aceptable entre los miembros de la comunidad cristiana, aunque sí para otros grupos como pudieran ser los musulmanes. En esta posibilidad no sólo influiría el cristianismo, sino que también pesaría la reciprocidad entre guerreros, especialmente cuando los combatientes eran de culturas similares.

Siguiendo los estudios de los profesores Calderón y Díaz sobre el tratado bajomedieval titulado *El Árbol de Batallas*³⁴, de Honoré de Bouvet, nos acercamos a este caso particular por medio de una compilación de casuística de finales del siglo XIV que recogía la praxis que hasta entonces era de tradición oral. En cuanto al asunto de los prisioneros de guerra, Bouvet reflexionaba sobre si era lícito o no el dar misericordia para luego exigir un rescate, puesto que ese acto de misericordia cristiana quedaba desprovisto de contenido al tener de hecho una finalidad monetaria. Sin embargo, desde una perspectiva pragmática, Bouvet justifica este hecho atendiendo a la idea medieval de los derechos ligados a las personas: si un hombre vence a otro en justa guerra obtiene derechos sobre los derechos de este a sus posesiones e incluso sobre su derecho a la libertad y sobre su vida, por lo que esta libertad podía redimirse lícitamente por medio de un pago pecuniario.

Otro factor que se debe destacar en la realización de los rescates es la propia generalización del pago de los mismos, que terminaría por justificar la prisión a la espera del rescate. Durante la plenitud feudal el progresivo establecimiento de la costumbre de los rescates llevó a un aumento en la preocupación social con respecto al mismo, hasta el punto de que se convirtió en objeto de regulación en los diversos fueros y sería recogido en las *Partidas* de Alfonso X el Sabio. Cuando se hacía un prisionero recaía sobre su linaje la carga de su rescate. Ello es natural si tenemos en cuenta la concepción corporativa de la sociedad medieval. Era responsabilidad del grupo de uno, empezando por los más cercanos, el liberarlo de tan penosa situación, una responsabilidad que se daba por sobreentendida hasta el punto de que no se podía argüir en contra de la acción del rescate el hecho de que el prisionero no hubiese expresado su opinión favorable al respecto. Las normas consuetudinarias le brindaban a las esposas la obligación de interceder por los prisioneros masculinos en lo que a los cristianos se refiere para el ámbito de la Península Ibérica, si bien ese trabajo podían cumplirlos otros familiares cercanos cuando resultase más conveniente o si el cautivo era un varón que no tenía mujer. A juzgar por la dureza de la legislación, el rechazo a rescatar un familiar capturado no era un caso común, aunque se diera. En cuanto a los motivos para negarse a pagar un rescate, éstos son fáciles de entender: un prisionero conllevaba una serie de gastos aunque las condiciones de su cautiverio fuesen miserables y se le forzase a trabajar durante el mismo, puesto que para conseguir un rescate era necesario que se le mantuviese con vida. Si a eso

34 Calderón Ortega, José Manuel y Francisco Javier Díaz González [col.]. *Vae Victis: Cautivos y prisioneros en la Edad Media Hispánica*, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 2012.

añadimos de un lado la desesperación de los familiares, que estarían dispuestos a pagar enormes sumas por el cautivo, y la alta valoración de la libertad, que era a fin de cuentas el derecho puesto en suspenso y que el rescate pretendía resarcir, se entiende que hubiera una tendencia generalizada a elevar de un modo desmesurado los precios por la liberación³⁵. Con frecuencia, éstos llegaban a ser tan altos que su pago supondría la ruina para las familias que lo pagasen, puesto que equivalían a años de las rentas que de sus tierras recibían y el recurso a prestamistas (más comúnmente usureros), podía convertirse a menudo en un requerimiento necesario para reunir la suma exigida.

De otro lado, se puede constatar que el propio fenómeno del cautiverio en sí mismo no era ajeno a las diferencias sociales de los cautivos, como era de suponer. Los grandes señores, cuya potencia económica permitía que pagasen un cuantioso rescate que compensase de sobra los inconvenientes de su cautiverio, recibían un tratamiento diferente al que cabría esperarse para el pueblo llano, si bien esto no se traducía necesariamente en una mejora de las condiciones físicas de su presidio, que podía ser también durísimo.

El hecho de que los nobles capturados fuesen usualmente pocos, sumado a que por su posición social se esperaba que fuesen modelos de las virtudes medievales, hacía que uno de los métodos para retenerlos bajo cautividad fuese el hacerles jurar que, o bien no escaparían, o que se les permitía salir sin que eso cambiase su condición de prisioneros para recaudar el dinero de su rescate. En ocasiones la pena por el incumplimiento en lo que atañía a conseguir el dinero era la muerte³⁶. Éste es, posiblemente, el ejemplo más claro de la relevancia y el poder de un juramento para un hombre medieval, pues constituía un compromiso ante Dios y la comunidad, hecho que se refuerza por la pertenencia a un grupo social dominante que inculca entre sus miembros el honor y el mantener la palabra dada como uno de los más altos valores. Para el captor, recurrir a la injuria ante el incumplimiento de un prisionero hacia las obligaciones adquiridas para con él se constituía en uno de los mecanismos más eficaces para forzar en el fugitivo el cumplimiento de su palabra, aunque ésta no era la única baza en la que podía apoyarse, ya que entre sus posibilidades se encontraba el endurecer el cautiverio de los rehenes de los que dispusiese, o recurrir lícitamente a la toma directa de las posesiones del prisionero, incluyendo el saqueo y la destrucción de la propiedad, como método de presión.

35 Calderón y Díaz [col.], *Vae Victis: Cautivos y prisioneros*.

36 Esto no constituía un acto de suicidio para algunos tratadistas como Bouvet, ya que lo que se le arrebatava al reo era la vida, pero el hombre que retorna a su captor a la espera del verdugo no ha entregado su alma, la cual habría puesto en riesgo mortal si incumpliera su juramento ante Dios, pues éste es un pecado directamente contrario a los diez mandamientos. Calderón Ortega, José Manuel, "Los desastres de la guerra: reflexiones sobre la muerte de prisioneros y cautivos durante la Edad Media", *Espacio, tiempo y forma. Serie III, Historia medieval* 22 (2009 a): 13-45.

En lo que a la nobleza se refiere, las personas que poseían vínculos para con los cautivos estaban obligados a llevar a cabo su liberación por cualquier medio, ya fuese el pago de la suma exigida como rescate, ofrecerse uno mismo como rehén para facilitar las negociaciones o incluso emplear la fuerza de las armas para devolver la libertad al reo. Dentro del universo mental medieval, como casi en cualquier otro, la familia ocupa un lugar central, es uno de los principales espacios de socialización y un ámbito regido por normas sociales. La familia medieval no era de tipo nuclear sino extenso, en la cual se tendía a incluir a una enorme cantidad de parientes, miembros de la clientela de uno, vasallos e incluso amigos. Esto servía a la larga para la configuración de una red social que era útil en caso de necesitar apoyo de algún tipo, consejo o información, y se orientaba también dentro de las estrategias encaminadas a forjar posibles alianzas de tipo político o familiar con personas ajenas a las cercanas. Con estas consideraciones presentes, los grupos obligados a llevar a cabo el rescate de un individuo se dividían fundamentalmente en tres: la familia, los vasallos y las amistades, por ese orden.

En primer lugar, la obligación recaía sobre la familia sanguínea o putativa del reo, y dentro de sus miembros, sobre los unidos por lazos matrimoniales, a quienes correspondía la gestión de la operación, normalmente a través de terceros. Cabe destacar que en este caso las mujeres, incluso aquellas que no eran señoras feudales, adquirían capacidad administrativa plena, dejando de ser, desde una perspectiva jurídica, dependientes del esposo. El dinero gastado no podía ser exigido por el cautivo. Además, en las *Partidas*³⁷ se exime a los hijos menores de 10 años y a los parientes menores de 8 de participar como candidatos a un intercambio o de cualquier otra obligación de cara al rescate. Las penas para los familiares en caso de que no se intentase rescatar al reo y de que éste muriese en cautiverio por la negligencia de sus consanguíneos incluían la pérdida de todos los bienes dentro de una modalidad especial: se venderían sus posesiones de modo público por parte de la autoridad real y se destinaría el dinero obtenido a la redención de cautivos. Esto se hacía con la intervención de un notario, así como de administradores y consejeros competentes, siendo un ejemplo de la comprensión de la justicia por parte de los medievales, según la cual no sólo se condenaba a aquellos que habían incumplido una de las obligaciones capitales dentro de la sociedad feudal, sino que además se destinaba el usufructo de sus posesiones al fin social del que habían huido. Era un castigo ejemplarizante en dos sentidos, pues en primer lugar era una pena gravísima y, segundo, era una lección moral que transmitía un claro mensaje a los propios castigados y al resto de la población.

37 Mis referencias a las *Partidas* las tomo de Calderón y Díaz, "El rescate de prisioneros y cautivos": 9-66.

En segundo, lugar la responsabilidad estaba con aquellos sujetos al reo por relaciones de vasallaje, si bien nos encontramos aquí ante un caso de asimetría. Los vasallos debían emplear cualquier medio a su alcance para liberar a su señor, teniendo la obligación de incluso arriesgar la vida en caso de ser necesario, y si se negaban podían perder todos los derechos sobre sus bienes a manos de su señor o del heredero de éste a modo de castigo. Si por el contrario era el señor quien se negaba a rescatar a uno de sus vasallos, éste quedaba libre de su juramento y podría hacerle la guerra cuando las circunstancias lo permitiesen, además de poder jurarle fidelidad a un señor enemigo sin que ello implicase un incumplimiento en sus obligaciones.

En tercer y último lugar la obligación estaba con los amigos del cautivo. Esta responsabilidad tenía su origen (atendiendo a separaciones presentistas que poco o nada se corresponden con la concepción del Derecho integrado medieval) en el ámbito moral más que en jurídico, recayendo su castigo en el honor propio, pues en caso de su liberación el cautivo podía hablar mal de estas amistades en sociedad, dañando su honra y perjudicando su percepción social ante el grupo al que pertenecieran.

Además de estas obligaciones contraídas por proximidad con el prisionero, existía un argumento de carácter general para la liberación de los cautivos a manos de los musulmanes, el basado en la fe, considerándose una obligación moral que vinculaba a todos los cristianos. Acorde a la mentalidad medieval de pertenencia a un determinado grupo social está la idea de un macrogrupo que engloba a todos los sectores de la sociedad medieval occidental: el de la cristiandad. Esto imponía una solidaridad interclasista a la par que reforzaba la condición de cristianos al destacar la alteridad con respecto a los practicantes de otras religiones. Este es uno de los motivos por los cuales estaba mal vista en Occidente la esclavitud de miembros de la misma religión, era un hecho contrario a la propia moral.

Para el caso específico de la Península Ibérica, una parte importante de la información relativa a los cautivos proviene de las *Partidas* de Alfonso X el Sabio, pero aunque éstas constituyen un caso excepcional y especialmente detallado de la situación de los prisioneros, no son el único testimonio que nos ha llegado. Resulta de especial interés el estudio de las comunidades fronterizas, que sufrían con mayor frecuencia los rigores de la guerra, particularmente en los territorios de la Corona Aragón, que presenta una notable particularidad con respecto a los demás reinos peninsulares: la excepcional extensión de una cultura escrita de base jurídica que se ha traducido en la conservación de una multitud de documentos que sirven para ilustrar el fenómeno del cautiverio en mayor detalle³⁸. La preocupación principal de estos municipios aragoneses gira en

38 Para más información sobre los documentos de la corona de Aragón concernientes a los cautivos cristianos y

torno a los cautivos que caían en poder musulmán, distinguiéndose dos vertientes. Por un lado, hay una gran cantidad de documentos dedicados a qué y cómo hacer con respecto al proceso de redención de los cautivos, entre los que se incluye la opción del intercambio de cautivos, pues estos casos rara vez afectaban a los grandes nobles, a los cuales se les dispensaba un trato especial. Por otra parte, los documentos tienen que ver con qué se hacía cuando el rescate no resultaba inmediato. En esta circunstancia las disposiciones habituales giraban en torno a proteger los bienes del reo, asistir a los familiares en el proceso y, especialmente, proteger sus derechos³⁹.

Con respecto a los procesos de redención, cuando era factible el intercambio había que conseguir un moro que canjear por el familiar apresado, normalmente algún esclavo. En este caso estaba regulada la obligación del propietario del esclavo de facilitar la venta del mismo, así como la de intentar evitar o mitigar los abusos (algo que era especialmente habitual en caso de que se necesitara a un musulmán en concreto por ser pariente o amigo del captor del familiar, lo que era frecuente en el caso de los granadinos, que sólo aceptaban intercambios por parientes) y, por otra parte la de garantizarle un cierto beneficio al dueño del mismo (en este punto la casuística es variadísima, existiendo desde casos en los cuales se paga lo que el dueño pagó en la adquisición del esclavo musulmán, hasta el doble de lo que pagó, pasando por otros en los que se tiene en cuenta su manutención, etc.). Las propias circunstancias en las cuales el cautivo musulmán había llegado a manos del propietario influían también en la operación de compraventa, ya que en caso de haberlo hecho prisionero de guerra por su propia mano no había un precio del que partir a la hora de negociar y no se solía poner límite alguno por parte de las autoridades municipales⁴⁰. Otra alternativa era la compra de esclavos musulmanes en el mercado abierto, que cuando se hacía con la finalidad de resarcir cristianos adquiría preferencia sobre la compra de esclavos para uso doméstico, pudiendo incluso el comprador adquirirlos a precio de coste de manos de propietarios que los

musulmanes véase: Calderón y Díaz, "El rescate de prisioneros y cautivos": 9-66.

39 Se ha de tener en cuenta que la protección de los familiares, así como los bienes de éstos, no solo respondía a lazos afectivos, sino a la utilidad de éstos para configurar redes que permitiesen la consecución de objetivos de clase. En un mundo como el medieval, la familia o *parentela* no se limitaba a ser un elemento fundamental durante las primeras etapas de vida de sus integrantes, sino que influía a lo largo de toda la vida de sus miembros, de la cuna a la tumba y a veces más allá. Loring García, María Isabel, "Sistemas de parentesco y estructuras familiares en la Edad Media", *La familia en la edad media*, XI Semana de Estudios Medievales de Nájera, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2001: 13-38.

40 En cuanto al porqué de la falta de una estandarización en el precio, mi conjetura es que esto halla su origen, por un lado, en la dificultad para fijar un precio que se considere justo sin discusión y, por otro, en el hecho de que es un derecho adquirido, en este caso sobre una persona, por medio de una acción meritoria en la guerra llevada a cabo contra un grupo ajeno al propio. Este derecho no es fácilmente sujeto de monetarización, como de hecho no lo era ninguno de los derechos medievales, pues hemos de recordar que a nivel teórico, era el derecho lo que brindaba una posición social y facilitaba el acceso económico, teniendo ese aspecto material un carácter subsidiario con respecto al primero. Para saber más: Calderón Ortega, José Manuel & Francisco Javier Díaz González, "Los intercambios de prisioneros en la península Ibérica hasta el final de la Edad Media: notas para su estudio.", *Anuario de la Facultad de Derecho de la Universidad de Alcalá* 2 (2009 b): 405-439.

acabasen de comprar siempre y cuando garantizase el propósito de destinarlos a la redención de cristianos bajo juramento.

Considerando las circunstancias, tampoco es de extrañar que los municipios reservaran un lugar especial para los prisioneros que caían en manos musulmanas cuando batallaban como un cuerpo armado por la comunidad. En dicho caso, según la documentación aragonesa, era el propio municipio quien se hacía responsable de los gastos del rescate, así como de ciertas compensaciones a los familiares en caso de ser imposible⁴¹.

2.3. El Proceso de liberación

Cuando se concertaban los términos para el rescate del prisionero, el siguiente paso era llevar a cabo la liberación del reo. En determinadas ocasiones esta liberación se realizaba no de un modo directo, sino a través de un intermediario especializado que se llamaba alfaqueque y que ya es mencionado en el libro de las partidas. Un alfaqueque cumplía funciones diplomáticas y tenía entre sus prerrogativas la libertad de tránsito tanto en tierras moras como cristianas. Debía cumplir ciertos requisitos de índole moral, ser íntegro y verdadero, así como no codicioso, ya que ello garantizaba que en el desempeño de su labor primase el interés del cautivo y no el suyo propio. Finalmente el cargo de su oficio se ratificaba por medio de un juramento que, como ya explicamos antes, era uno de los elementos de verdad irrefutable en la mentalidad medieval.

Aunque desde la perspectiva del prisionero el trato recibido no difería mucho si era un cautivo o un esclavo, desde una perspectiva social y legal dichas condiciones estaban bien diferenciadas. Como ya explicamos, los cautivos en guerra justa normalmente se redimían a través de un intercambio o de un rescate, lo cual no es aplicable a los esclavos cuya condición de propiedad les reservaba un destino dependiente de la voluntad de sus captores. Para que se pudiera esclavizar a alguien en la Europa Occidental resultaba indispensable que perteneciese a una comunidad religiosa diferente a la cristiana. En el caso de la península Ibérica los conflictos entre reinos cristianos eran un caldo de cultivo propicio para la captura de miembros de otras comunidades religiosas, hecho que se daba durante razias hechas en justa guerra. El destino de los

⁴¹ Ejemplos de legislación concreta para prisioneros de una hueste aragonesa los podemos hallar en estos casos del fuero de Teruel: "425. *Del que sea hecho prisionero de la hueste*. Mando también que si un caballero o un soldado de a pie de la hueste es hecho prisionero, se indemnicen sus armas y su cabalgadura (p. 591). 426. *Del cautivo que tiene que redimirse*. Además, si el cautivo es un caballero cristiano y en la hueste se encuentra cautivo un caballero sarraceno por el que puedan canjearlo, entréguese. Pero si el cautivo es un soldado de a pie, den por éste otro soldado de a pie de los cautivos (pp. 591-593). 427. *Del rey o alcaide cautivo*. Mando también que si un rey moro o alcaide que tenga un castillo o villa es hecho prisionero y el señor rey lo quiere tener, dando cien maravedís alfonsís a los que hayan capturado al moro o lo hayan comprado, téngalo y sea del rey. Pero en lo que se refiere a los otros cautivos, tanto ricos como pobres, cualquiera que pueda ganarlos, ténganlos libres e inmunes, dando el quinto (p. 593)." Textos extraídos de: Castañé Llinás, José, *El fuero de Teruel. Edición crítica con introducción y traducción*, Teruel, 1989.

prisioneros solía ser la venta como esclavos en ciudades distantes de los reinos peninsulares, si bien aún existían posibilidades para su liberación, especialmente a través de mecanismos de solidaridad comunitarios e interconfesionales. Tomaremos como ejemplo un caso concreto, el de la mudéjar Fátima, quien sería la protagonista de un periplo particular dentro del contexto de intercambio de prisioneros⁴². En 1363, durante la llamada guerra de los dos Pedros⁴³, Almonacid de la Sierra caería bajo el control de Castilla una vez sus tropas asediaran Daroca y saqueasen Cariñena. Durante la retirada las tropas aragonesas harían varios prisioneros pertenecientes a la población mudéjar que anteriormente eran parte de sus dominios, ahora bajo el poder castellano⁴⁴. Entre los cautivos se encontraba Fátima. Su destino era ser vendida como esclava en subasta pública, mas la rápida intervención de su marido, Alí Dexadet⁴⁵, en colaboración con otros mudéjares y con la ayuda de Teresa Gil Tarín, viuda zaragozana⁴⁶, permitieron su reintegración en su comunidad. Tras la captura de su mujer, Alí, acudió a Teresa y obtuvo de ésta un préstamo de 27 florines de oro para rescatar a su esposa, quien permanecería junto a ésta en calidad de cautiva hasta que la deuda fuese satisfecha. Tres mudéjares de comunidades diferentes actuaron como avalistas facilitando la transacción, que se realizó apenas dos meses tras su venta, añadiendo Alí un florín de oro más del precio acordado para un total de 28 (tal vez a modo de agradecimiento así como para cubrir los gastos de manutención).

42 Lafuente Gómez, Mario, "Solidaridad interconfesional en tiempo de guerra: la cautividad y redención de Fátima de Almonacid, mudéjar aragonesa, en 1363", *Homenaje al profesor Eloy Benito Ruano*, Sociedad Española de Estudios Medievales, Madrid, v. II, 2010: 437-449.

43 Este conflicto enfrentaría a Castilla y Aragón y sería uno de los más relevantes de la Península Ibérica en el periodo medieval. Lafuente Gómez, Mario, *Dos Coronas en guerra. Aragón y Castilla (1356-1366)*, Zaragoza: Grupo de Investigación Consolidado CEMA, 2012.

44 Este hecho resulta comprensible en un contexto de guerra: una vez una región era ocupada por tropas de otro reino, sus habitantes pasaban a considerarse traidores y colaboradores, por lo cual era lícito hacerles blanco de las depredaciones militares dentro de un contexto de guerra justa. Lafuente, "Solidaridad interconfesional en tiempo de guerra": 437-449.

45 Desconocemos por qué no fue considerado rebelde a diferencia de los demás miembros de su aljama, aunque es verosímil aventurar que se debe a que se encontraba fuera de la misma durante el momento de su toma por parte de los castellanos. Lafuente, "Solidaridad interconfesional en tiempo de guerra": 437-449.

46 Su elección no es casual, puesto que esta mujer pertenecía a una de las casas de infanzones más importantes de Zaragoza, lo cual sumado a su condición de viuda, que la dotaba de capacidad jurídica para gestionar su patrimonio, y a los ideales de caridad cristiana que hacían especial incidencia en las mujeres nobles, facilitaron enormemente el establecimiento del contrato de préstamo, así como una transacción sin incidentes. Lafuente, "Solidaridad interconfesional en tiempo de guerra": 437-449.

Conclusión

El funcionamiento de la sociedad medieval lleva implícita la idea de que a los miembros de diversos estamentos, ante un mismo hecho con relevancia jurídica, les corresponden compensaciones o castigos diferenciados. Esto es extraño a nuestros ojos, pero sigue en realidad una lógica tendente a la reproducción social según la cual se intenta proteger más a los miembros más preeminentes de una comunidad, a la par que entran en juego relaciones de dominación entre los cuerpos sociales que se encuentran en la cúspide y los que están subordinados a ella. La equidad, en términos medievales, permite acercar las resoluciones jurídicas al ideal de justicia, ideal que reviste el Derecho y permite que los actos que de éste emanen se separen de la violencia ordinaria. Aun en el caso de una mutilación o una ejecución, si ésta es producto de un laudo judicial se minimizará la percepción social ante la misma puesto que en cierta medida será "lo justo", siempre que se haga conforme a Derecho. Sin embargo, pese a esa función de reproducción social, el sistema jurídico por sí solo no es suficiente para autosustentarse, sino que requiere aportes provenientes de la tradición y de abstracciones de tipo filosófico (éticas o lógicas). Puesto que estas aportaciones resultan difíciles de comprender e implementar por alguien sin la preparación adecuada, el Derecho crea profesionales capaces para la interpretación del mismo dentro del sistema. Ya en la Edad Media el conflicto jurídico tiende a ligarse a un grupo social restringido que domina sus técnicas, y cuando se llega a un punto en el cual se desarrolla un enfrentamiento de estas características a través de vías oficiales la presencia de especialistas se hace necesaria. La existencia de estos especialistas permite reforzar la idea de la justicia en el proceso por medio de la interpretación legal, en la cual se abstrae el caso tipo ideal presente en la ley, se adecúa a la situación planteada, se presenta la adecuación propuesta de un modo argumentado y se intenta imponer al sistema la perspectiva que le es favorable a la clientela de cada técnico jurídico. No debemos perder de vista el hecho de que esto ocurría así aún en una sociedad en la cual el Derecho no se abstraía de las personas y era una parte cotidiana y central en sus vidas e ideología.

Considerando estos planteamientos, el análisis de la situación de los cautivos respecto al Derecho desvela en la actualidad técnicas que operan de manera reminiscente con respecto a la situación de los mismos en la Edad Media. Al convertirse en un prisionero, el estatuto jurídico de una persona medieval no cambiaba, sino que era puesto en relación a otro estatuto adquirido que modificaba al anterior. El trato esperable seguía variando en función del grupo original al que se perteneciese, pero el preso quedaba sujeto a una nueva serie de obligaciones que tenían preeminencia sobre las antiguas, en algo parecido a cómo la redefinición del estatuto jurídico de los prisioneros en la actualidad se puede utilizar para vulnerar los derechos de los que gozaban antes de

ser capturados. Esta similitud no es casual, pues pone de manifiesto una verdad con respecto a la naturaleza humana: al enfrentarse al otro, a lo diferente, la humanidad tiende a actuar de forma que pueda obtener ventaja de esa situación, poniendo en serio entredicho las concepciones optimistas del progreso humano que aun hoy perviven merced a la vulgarización de la ciencia. Es también cierto, sin embargo, que la Edad Media nos proporciona ejemplos de signo contrario en este mismo ámbito, claramente visibles en aquéllas actuaciones en las que se seguían más bien por una serie de ideales solidarios en lugar de la búsqueda desenfrenada del beneficio material, como ejemplifica el citado caso de la cautiva Fátima. Ecos de estas posturas son también visibles hoy en día en la forma de movimientos de repulsa y protesta contra las realidades de los cautivos de Guantánamo o los prisioneros del DAESH.

Si analizásemos el trato dispensado hoy en día a los cautivos de guerra desde una óptica medieval propia de los reinos peninsulares constataríamos que en algunos casos las condiciones impuestas en el cautiverio a miembros ajenos a la cultura propia resultan tan duras y desproporcionadas que nadie las hubiera impuesto en la Edad Media sin un motivo de peso, como pudieran ser los intentos de fuga. Analizando dos lados del espectro en dos culturas antagónicas, DAESH tiene una tendencia a ejecutar a sus prisioneros por el simple hecho de no ser musulmanes. Por otra parte, los presos de Guantánamo no han recibido las garantías jurídicas mínimas que supuestamente avala un Estado de Derecho Occidental para todos los seres humanos. La internacionalización de los conflictos y la lejanía cultural contribuyen enormemente a este fenómeno, haciendo que establecer relaciones comerciales de las cuales los cautivos sean sujetos resulte muy complicado materialmente, además de impensable desde un punto de vista moral. Ésta es una ironía notable desde la perspectiva de los poderes estatales occidentales: el imperativo moral que impulsa a considerar invaluable la vida humana pone a los prisioneros más allá de las posibilidades de un mercado como el que se desarrolló durante la Edad Media, cerrando las opciones de diálogo con la parte contraria y convirtiendo a los prisioneros en un estorbo y no en un recurso. Paralelamente, la posición de superioridad moral desde la que se juzga a las demás sociedades hace que se cierren las vías de negociación e intercambio a nivel estatal, pues se sigue una doctrina que, entre sus guías principales, rechaza la negociación con quienes se considera terroristas, lo que hace que estos países no occidentales se vean arrastrados hacia las mismas posiciones de intransigencia que exhiben sus homólogos occidentales y descarguen sobre los prisioneros niveles de brutalidad sin precedentes.

Cabe preguntarse, entonces, el motivo y la validez de estas situaciones en comparación con las realidades medievales. Resulta evidente que en ambos escenarios desempeñaba un papel de

enorme importancia la idealización de conceptos, pero una visión profunda revelará una diferencia crucial entre ambos aspectos. Esta diferencia radica en la relación entre estos ideales y la realidad material de cada momento. En el caso de la Edad Media, la ideología formaba una parte muy importante de la propia realidad, pero en la actualidad el ideario ha tomado un camino cada vez más independiente de ésta y ambos aspectos no conforman ya un todo práctico, sino que el primero se ha convertido en una guía inalcanzable que niega aspectos de la realidad y la obliga a conformarse a la ideología, provocando el cierre de opciones y caminos que en otro tiempo salvaron vidas. Se trata de un brote de intransigencia ideológica que nos eleva en un pedestal moral desde el que resulta muy difícil considerar otras opciones.

Bibliografía

- Alvarado Planas, Javier. *Historia del derecho español*. Madrid: Sanz y Torres, 2014.
- Armenteros Martínez, Iván. "De hermandades y procesiones. La cofradía de esclavos y libertos negros de Sant Jaume de Barcelona y la asimilación de la negritud en la Europa premoderna (siglos XV-XVI)." Barcelona: Consejo superior de investigaciones Científicas, 2012 a.
- Armenteros Martínez, Iván. *La esclavitud en Barcelona a fines de la Edad Media (1479-1516). El impacto de la primera trata atlántica en un mercado tradicional de esclavos*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2012 b. 1 vols.
- Bourdieu, Pierre. "La fuerza del derecho. Elementos para una sociología del campo jurídico." *Poder derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001: 165-223.
- Calderón Ortega, José Manuel & Francisco Javier Díaz González [col.]. *Vae Victis: Cautivos y prisioneros en la Edad Media Hispánica*. Alcalá de Henares: Servivio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 2012.
- Calderón Ortega, José Manuel & Francisco Javier Díaz González. "El rescate de prisioneros y cautivos durante la Edad Media hispánica. Aproximación a su estudio" *Historia. Instituciones. Documentos* 38 (2011): 9-66.
- Calderón Ortega, José Manuel & Francisco Javier Díaz González. "Los intercambios de prisioneros en la península Ibérica hasta el final de la Edad Media: notas para su estudio." *Anuario de la Facultad de Derecho de la Universidad de Alcalá* 2 (2009 b): 405-439.
- Calderón Ortega, José Manuel. "La liberación alternativa: reflexiones en torno a las fugas de cautivos y prisioneros durante la Edad Media hispánica." *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales* 18 (2008): 11-44.
- Calderón Ortega, José Manuel. "Los desastres de la guerra: reflexiones sobre la muerte de prisioneros y cautivos durante la Edad Media" *Espacio, tiempo y forma. Serie III, Historia medieval* 22 (2009 a): 13-45.
- Castañé Llinás, José, *El fuero de Teruel. Edición crítica con introducción y traducción*, Teruel, 1989.
- Contamine, Philippe. "The Growth of State Control Practices of War, 1300-1800: Ransom and Booty", *War and Competition Between States*. Oxford: Oxford University Press,

2003: 163-178.

Contreras Martín, Antonio M. "La didáctica de la guerra en los siglos XIV y XV: la traducción catalana del 'Arbre des batailles' de Honore Bouvet". *El poder real en la Corona de Aragón (siglos XIV-XV)*, XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón, t I, v. 2º, 1993: 141-157.

García de Cortázar, José Ángel & José Ángel Sesma Muñoz. "La plena Edad Media (980-1280). El despegue de Europa" *Historia de la Edad Media. Una síntesis interpretativa*. Madrid: Alianza Editorial, 2002: 199-297.

García Fitz, Francisco. "La Edad Media. Guerra e Ideología, justificaciones religiosas y jurídicas" Madrid: Sílex, 2003.

García Herrero, María del Carmen. "Los matrimonios de Gaspar Eli: tipología matrimonial en un proceso de 1493." *Del nacer y el vivir*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2005: 197-215.

Gayo Santa Cecilia, María Eugenia (Coord.), José Luis Muñoz de Baena Simón (Coord.), y otros. *Introducción a la Teoría del Derecho*. Madrid: Universidad de Educación a Distancia, 2010.

Guriévich, Arón. "La construcción de un país está basada en el derecho." *Las categorías de la cultura medieval*. Madrid: Taurus Humanidades, 1990:181-239.

Lafuente Gómez, Mario. *Dos Coronas en guerra. Aragón y Castilla (1356-1366)*. Zaragoza: Grupo de Investigación Consolidado CEMA, 2012.

Lafuente Gómez, Mario. "Solidaridad interconfesional en tiempo de guerra: la cautividad y redención de Fátima de Almonacid, mudéjar aragonesa, en 1363", *Homenaje al profesor Eloy Benito Ruano*, Sociedad Española de Estudios Medievales, Madrid, v. II, 2010: 437-449.

Lasarte Alvarez, Carlos. *Principios de derecho civil I. Parte general y derecho de la persona*. Madrid: Marcial Pons, 2015.

Loring García, María Isabel. "Sistemas de parentesco y estructuras familiares en la Edad Media" *La familia en la edad media*, XI Semana de Estudios Medievales de Nájera, 2001: 13-38.

Orella, José Luis, "El concepto de la Historia en la comunicación historiográfica".Aportes:

Revista de historia contemporánea, 82, (2013): 149-176.

Prodi, Paolo. "Utrumque ius in utroque foro." *Una historia de la justicia. De la pluralidad de fueros al dualismo moderno entre conciencia y derecho*. Capellades: Katz Editores, 2008: 99-134.